PALABRAS PARA EL HOMENAJE

A

RAFAEL ALBERTI

(90 ANIVERSARIO)

==========

Teatro María Guerrero

Madrid.14.12.92

---

Voy a hablaros de un episodio que seguramente muchos conocéis y otros posiblemente no. Es uno de estos episodios que por si mismos parecen resumir todo un período de la historia de un pueblo y que, sin embargo, pueden acabar desapareciendo de la memoria colectiva. Sucedió a principios de julio de 1977. Se acababan de celebrar las primeras elecciones democráticas después de cuarenta años de dictadura y los diputados elegidos nos reunimos para constituir el Congreso en el Palacio de las Cortes de la Carrera de San Jerónimo.

Con sentimientos contradictorios entrábamos en un Palacio de las Cortes cargado de historia pero que en los últimos cuarenta años había sido la sede de las Cortes orgánicas del franquismo. Reciente estaba la presencia física de los últimos Procuradores, como se les llamaba. Casi se podía oler al régimen anterior en cada uno de los rincones del edificio. Allí estaban todavía sus símbolos, sus imágenes, sus despachos, sus escaños. Era una extraña sensación de ruptura y de continuidad, al mismo tiempo. Para empezar, no teníamos ni siquiera unas nuevas reglas de funcionamiento y hubo que improvisar cuatro cosas para la puesta en marcha de las nuevas Cortes.

El primer acto consistía en elegir los órganos rectores del nuevo Congreso: ~~la presidencia, las vicepresidencias y las secretarías. Para ello había que constituir una Mesa provisional, cuya tarea iba a ser, precisamente, organizar la elección de la Mesa definitiva. Y éste es el episodio del que os quiero hablar~~.

Las normas transitorias que se adoptaron para dicha ceremonia establecían que el Presidente provisional sería el diputado que primero se hubiese inscrito en el Registro del Congreso. Resultó ser un diputado de U.C.D. de la provincia de Segovia. Y establecían también que las dos vicepresidencias corresponderían a los dos diputados de más edad. Hecho el cómputo, la primera vicepresidencia correspondió a Dolores Ibárruri. La segunda, a Rafael Alberti.

Cuando se anunciaron sus nombres y se les invitó a ocupar sus puestos en la Mesa presidencial se produjo un silencio hondo, expectante, aunque estoy seguro de que no todos callamos por las mismas razones. Dolores Ibárruri, vestida de negro, y Rafael Alberti, con una de aquellas chaquetas que él mismo calificaba de estentóreas en el homenaje del viernes pasado, y ambos con el toque blanco de sus melenas, descendieron lentamente de sus escaños respectivos. Luego, cogidos del brazo, avanzaron también lentamente, con una solemnidad no buscada pero solemnidad de verdad, hacia la escalera de la Mesa presidencial, la subieron y ocuparon sus sillones sin que ni una sola tos, ni un solo carraspeo hubiesen interrumpido aquel singular paseo. Luego, una buena parte de la Cámara aplaudió.

Creo que ni el mejor escenógrafo del mundo podía haber imaginado un momento como aquél. No era sólo la emoción por el acto fundacional de las Cortes democráticas. Era también como si un insuperable maestro de ceremonias hubiese diseñado la escena más dramática, entre varias posibles, para expresar la simbología de aquel momento. Allí estaban dos de los mayores representantes de los vencidos de hacía cuarenta años ocupando los puestos que unos meses antes todavía ocupaban los vencedores de entonces. Durante estos años, una y otro, una dirigente política y un poeta, fueron símbolos de la España derrotada y perseguida, de aquella España que el franquismo creyó que había destruído para siempre. Y al desaparecer el régimen franquista eran ellos precisamente los primeros que aparecían en la escena política de la democracia. Era como si el ciclo se hubiese cerrado definitivamente, como si la tragedia iniciada cuarenta años atrás concluyese con una vuelta de tuerca que invertía los papeles iniciales y legitimaba a todos aquellos que el franquismo había intentado expulsar de la historia.

He pensado muchas veces en aquel episodio. No sé muy bien si simbolizaba el fin de una época o el comienzo de otra o ambas cosas a la vez. Lo cierto es que la presencia de Dolores Ibárruri y

Rafael Alberti en la Mesa presidencial de las primeras Cortes democráticas duró el instante justo del símbolo y muy pronto se dibujó el escenario completo de la transición, con toda su complejidad, con todas sus contradicciones, con todas las herencias del pasado y con todas las posibilidades de futuro. Y con el escenario también se definieron pronto los nuevos protagonistas de la fase que entonces empezaba, en su inmensa mayoría gentes de otra generación.. Con la perspectiva de hoy, a quince años vista me resisto a creer que aquello fué una casualidad. Más bien pienso que fué una demostración de sabiduría del conjunto de los votantes, de eso que llamamos en abstracto el cuerpo electoral. El ejercicio democrático del derecho de voto designó a los protagonistas y organizadores de la democracia, por fin recuperada, y les dió la fuerza necesaria para llevar a cabo la tarea, pero, previamente, recuperó la memoria necesaria para rendir un homenaje supremo a Dolores Ibárruri y Rafael Alberti convertidos en protagonistas del cierre simbólico de la dictadura.

En fin, sin quererlo me he metido en consideraciones trascendentes y lo siento, porque hoy estamos aquí para celebrar los noventa años de Rafael y este es motivo suficiente de jolgorio. Pero yo no soy poeta si sé cantar y he soltado lo que tenía dentro. Creo que Rafael Alberti no sólo ha sido, es y será un inmenso poeta, un gran pintor y un espléndido actor sino también que ha sido, es y será un hombre afortunado. En unas circunstancias bien difíciles ha vivido con intensidad , pasión y alegría la vida que ha querido, ha sido y es protagonista de los momentos más intensos de nuestra historia cultural y lo único que he querido aportar, a modo de modesto homenaje personal, es el recuerdo de un episodio que también le convirtió en el símbolo político del final del franquismo. La verdad es que para tener sólo noventa años no está mal.